

EL COMBATE DE SANTIAGO DE CUBA

(Conclusión)

Los cubanos disparan sobre los heridos

Sabiendo que yo no podía dar alcance al «Cristóbal Colón» y que el «Oregon» y el «Brooklyn» indudablemente podrían, en compañía del «New-York», siendo este el que más se acercaba a él, resolví acudir al llamamiento de la humanidad, y me allegué a aquel brillante y bravo cuerpo de marinos que habían readido su bandera a la escuadra americana, al mando del almirante Sampson.

Así fué como la proa del «Iova» se dirigió hacia el «Viscaya», cuyo casco estaba envuelto con largas llamas.

Mi buque avanzó hasta donde la profundidad le permitía, y en seguida se largaron todos los botes para socorrer a los tripulantes, que se estaban ahogando por docenas. Los que, por sus horribles heridas no habían podido echarse al mar, se retorcián desesperadamente sobre la cubierta del crucero español. El número de valientes era grande.

Al mismo tiempo que me acercaba a impartir auxilios a los marinos españoles, descubrí que una partida de cubanos desde los arrecifes hacia fuego sobre aquellos desafortunados naufragos que angustiados, luchaban cuerpo a cuerpo con la muerte, arrollados por las enormes olas que con furia reventaban en las rocas abruptas de la playa.

Esto no duró mucho tiempo pues tres ó cuatro bombas de grueso calibre se encargaron de calmar la furia de los que bien pudiéramos por la barbarie que cabe en el acto, llamar salvajes. Lo que a mi pesar no pude remediar, fué la mutilación de tanto hombre cometida por la tremenda cantidad de enormes tiburones.

Estos seres inhumanos se encontraban en un alto grado de excitación producido por el espectáculo que ofrecía el mar tinto en sangre y los ayes supremos de dolor salido de los moribundos valientes.

Mi tripulación activa, bien pronto había recogido algunos centenares de naufragos, y pude a la vez socorrer a los que se quemaban en la cubierta del crucero «Viscaya», cuyos pequeños almacenes hacían explosión a cortos intervalos, causando horribles estragos en el buque.

Mis botes, regresando con su carga humana, formaban un largo cordón y presto se llenó la cubierta del «Iova» con la fuerza española.

Las piernas de algunos de ellos estaban enteramente destrozadas por el contacto de las metrallas, y otros estaban mutilados de una manera inconcebibles.

Los marinos españoles no temen la muerte

En el fondo de los botes había tres ó cuatro pulgadas de sangre; en muchos viajes llega-

ban algunos cadáveres sumergidos en aquel rojo imponente líquido. Estos bravos luchadores, muertos por la querida patria, fueron después sepultados con los honores militares debidos por los tripulantes del «Iova». Ejemplos de heroísmo, ó mejor dicho, de fanatismo por la disciplina, jamás habían sido llevados al terreno de la práctica tal cual se llevaron por los valientes marinos españoles. Uno de estos, con el brazo izquierdo completamente arrancado de su sitio, el hueso descarnado pendiendo solamente de pequeños fragmentos de piel, enteramente desnudo, bañado en sangre, con serenidad estoica, subió la escala y al pisar la cubierta del «Iova», se cuadró y saludó y todos nos sentimos altamente conmovidos. Otro de estos valientes llegó metido en una charca de sangre, con la pierna derecha únicamente; fué atado con un cable é izado a bordo sin proferir una sola queja.

Gradualmente se fué llenando la cubierta de españoles; el maderamen siempre blanco y limpio, se veía entonces totalmente rojo de sangre, y, ya plenamente ocupado por ello era casi difícil reconocer en el «Iova» a un buque de guerra americano.

La sangre imperaba por doquiera; y después de algunas horas de fatigas nobles, doscientos setenta y dos hombres desnudos recibían agua y alimentos de aquellos que, pocos minutos antes, les habían enviado verdaderas lluvias de metrallas que sembraban desolación y ruina.

Para terminar aquella faena llegó el último bote conduciendo al capitán del «Viscaya», señor Eulate, para quien se llevó una silla, pues, evidentemente, estaba herido. Todos sus oficiales y marineros al verlo llegar se apresuraron a darle la bienvenida, cuadrándose y presentando armas luego que se desató la sila de la carrucha, el capitán Eulate, poco a poco se puso en pié, me saludó con grave dignidad, desprendió su espada del cinto, llevó su guarnición a la altura de sus labios, la besó reverentemente y con los ojos brotando de lágrimas me la entregó!!!

Valientes y generosos

Aquel hermoso acto quedará grabado en mi memoria. Saludé al valiente español y no acepté su espada. Un sonoro y prolongado ¡hurra! salió de la tripulación del «Iova». Luego tomaron mis oficiales al capitán Eulate en silla de manos y lo condujeron a un camarote ya dispuesto, para que el médico le reconociera las heridas, ya que íbamos a bajar de la cubierta una formidable explosión, que hizo vibrar las capas del aire a varias millas en rededor, anunciaban el fin del «Viscaya». El capitán Eulate volvió la cara y extendiendo los brazos hacia el lugar donde se produjera la detonación, gritó: «Adios, «Viscaya»... ya...» y los sollozos ahogaron sus palabras.

Como viera yo la tripulación de los dos primeros buques echados a pique no había sido visitada por los nuestros, puse la proa hacia donde se hallaban. A poco andar encontré al «Gloucester» que regresaba trayendo al almirante Cervera, a sus oficiales y un gran número de heridos, muchos de estos enteramente mutilados. Varios prisioneros que ganaron la playa fueron muertos por las balas cubanas.

En seguida el «Harvard» recogió la tripulación del «Almirante Oquendo» y del «Infanta Maria Teresa», y cerca ya de media noche el primero de estos buques tenía a su bordo novecientos setenta y seis prisioneros de guerra, estando heridos un considerable número de ellos.

Heroísmo de Cervera

Con respecto a valor y energía nada hay registrado en las páginas de la historia que pueda ser un simil con la acción del Almirante Cervera.

El espectáculo que ofrecían los dos torpederos destructores, meras cascarras de papel, marchando a todo vapor bajo la granizada de bombas enemigas en pleno día, solo se puede describir de esta manera: Un acto español la misma frase encaja perfectamente con respecto a todo movimiento de la escuadra española; heroísmo en su más alto grado.

En contraste con los candentes arranques de los españoles, estaba el frío deliberado trabajo yankee.

La escuadra americana permanecía sorda a todo sentimiento humanitario; al parecer estaba allí para combatir y destruir, y así fué que al entrar en zafarrancho de combate, atacó sin piedad al enemigo, más esta crueldad trocóse en generosa cortesía y sin apasionamiento diré, que si en alguna memorable jornada cupo el sentimiento de humanidad, este fué demostrado por los americanos.

El almirante Cervera fué trasbordado a mi buque del «Gloucester» que lo había salvado de una muerte segura. Al saltar sobre cubierta fué recibido militarmente por un completo estado mayor del comandante y los artilleros del «Iova» con los rostros ennegrecidos por la pólvora, salieron casi desnudos a dar la bienvenida al valiente marino, que con la cabeza descubierta, gravemente pisaba el puente del buque vencedor.

El almirante Cervera es aclamado

La numerosa tripulación del «Iova» en unión de la del «Gloucester» prorrumpió en un grito de júbilo cuando el almirante español saludó los marinos americanos.

Aunque el valiente vencido, sin insignia ninguna, ponía sus piés en la cubierta del «Iova», todo el mundo hubiera reconocido que cada molécula del cuerpo de Cervera, constituía por si sola, un almirante.

Su rendición a los golpes de la guerra, la

efectuó con tan heroicos y nobles detalles, que por siempre lo colocarán a una altura envidiable.

El «Iova» disparó treinta y una metrallas de a doce pulgadas, cuarenta y ocho de ocho, doscientas setenta de a cuatro, mil sesenta proyectiles de a seis libras y ciento veinte de a una libra. Los oficiales del «Vizcaya» me dijeron que les había sido imposible sujetar a los artilleros ante sus cañones respectivos, debido al fuego de los buques americanos.

El agua que arrojaban las mangueras, mezclada con la sangre que manaba de las heridas de los españoles, daba a la cubierta de sus cruceros un aspecto imponente y desolador. Fragmentos de seres humanos yacían en confusión entre los cañones enemigos, y a cortos intervalos las metrallas sembraban el pánico.

Por las cavidades de uno de los costados del «Vizcaya», se escapaban enormes lenguas de fuego que, enroscándose en la cubierta, tostaban los cuerpos de los moribundos que desesperadamente pedían socorro con lastimeros gritos.

En el interior de una torrecilla americana

De dos cañones de seis libras fueron disparados cuatrocientos cuarenta proyectiles.

En la parte superior de la torrecilla, los artilleros no descansaban ni un instante disparando sin cesar con los cañones de a libra. Las bombas enemigas cruzaban silbando por encima de los artilleros.

Uno de estos aguerridos hombres, cegado completamente por la pólvora, permanecía sobre la manivela de su cañón de a doce, maniobrando al acaso, sin que humanos esfuerzos bastaran a desprenderlo de su puesto. Otros, carbonizados casi, con un pañuelo mojado sobre la cara, con dos agujeros para los ojos, disparaban metralla con presteza.

Como los cañones de a seis estaban tan cerca de los de a ocho, no se podía permanecer entre ellos con seguridad, y así, cada vez que eran disparados los de grueso calibre, se ordenaba a los artilleros de los primeros retirarse, más éstos se negaban a obedecer aquella orden y seguían en su sitio enviando chaparrones de bombas. Cuando los cañones de a ocho pulgadas eran disparados, la conmoción era tan terrible, que a la parada de artilleros de los cañones de menor calibre a una distancia de diez pies, cual si fuesen de papel.

Durante la permanencia del almirante Cervera en el «Iova», de todos se hizo amar.

Nos dijo que despues que recibió la orden de marcha del general Blanco, quiso efectuarla la noche del día 2 de Julio, pero que el general Linares se lo impidió diciéndole: «Espere usted hasta mañana en la mañana que a esa hora les sorprenderá cuando estén entregados al servicio divino, pues es domingo.»

Para terminar mi mal trazada descripción, agregaré que, el «Indiana» fué tocado dos veces, el «Oregón» tres y el «Iova» nueve veces. Con respecto a los otros buques americanos, no podría yo fijar sus averías, pues eso toca a sus capitanes respectivamente.

Por la traducción,

LUIS EMILIO LEPINE

Hoja de calendario

SANTO DE HOY

Santos Cosme y Damián médicos, mártires.

SANTO DE MAÑANA

San Wenceslao mártir y el beato Simón de Rojas confesor.

Telegramas

ESPECIALES PARA EL NOTICIERO

Madrid 26, 10^a noche.

Segun cablegrama del General Rios, los españoles residentes en Filipinas huyen a toda prisa, pues los insurrectos se extienden en las provincias de Albay camarines de Norte a Sur. Refugiándose en Ilo-Ilo.

CURIOSIDADES

Procedimiento para envejecer los licores

Entre los procedimientos empleados para apresurar la vejez, ninguno produce mejores resultados que una aplicación juiciosa del calor. Si el liquido está encerrado en vasos bien tapados y con la menor cantidad de aire posible y se eleva la temperatura a 24° ó 25° centigrados, se observará una notable aceleración en el acto de envejecer; pero si el calor es elevado a 60° ó 70° y mantenido durante diez ó doce horas, el liquido se habrá cambiado de tal manera, que al cabo de dos semanas de reposo podrá pasar perfectamente por añejo. El mismo procedimiento podrá ser aplicado no solamente a los vinos y licores, sino a los perfumes, esencias, agua de Colonia, etc., con la sola precaución de impedir la evaporación de las esencias.

Variedades.

CANTARES

Político y gitano todo es lo mismo, porque engañando viven los muy ladinos; pero... ¡ay del día que el pueblo les conozca su picardía!

ANUNCIOS

D. Miguel Sintes Mercadal, Teniente 2.º de Alcalde encargado accidentalmente de la Alcaldía de esta Ciudad.

Hago saber: Que a tenor de lo dispuesto en el artículo 28 de la vigente ley de Reemplazos, todos los mozos, cualquiera que sea su estado y condición, al cumplir la edad de 18 años, están obligados a pedir su inscripción en las listas del Ayuntamiento, en cuya jurisdicción residan sus padres ó tutores.

En su virtud queda abierto en la Secretaría de este Ayuntamiento el Registro de los mozos que han de ser inscritos para el reemplazo de 1899.

Y para que llegue a noticia de los interesados se publica el presente en Ciudadela a 25 de Septiembre de 1898.

El Alcalde accidental,

Miguel Sintes.

Para vender

Lo están las siguientes fincas:

Un hortal situado en el caminito del Cementerio, de 41 áreas, 4 centiareas.

Otro situado en el camino de Binipati de 29 áreas 58 centiareas.

Una porción de terreno, situado en el camino Viejo, de 1 hectarea, 97 áreas 48 centiareas.

Otra situada en el camino de las Capellets, de 79 áreas, 20 centiareas.

Otra en el camino de Algayarens de 40 áreas 18 centiareas.

Informa el notario Sr. Anglada.

Para vender

Lo está la casa n.º 7 de la Calle de los Celosos.

Y para alquilar

Lo están las casas números 17 y 23 de la Calle de Isabel II.

La casa n.º 7 de la Calle del Notario Quintana antes Carnicería 7.

La casa n.º 19 de la Calle de San Francisco, todas en esta Ciudad.

Informará D. José Juaneda Pons, Plaza de la Libertad n.º 22.

Subasta

El día 1.º de Octubre próximo, de 11 a 12 de la mañana se venderá en pública subasta la casa n.º 16 de la calle del Beato Ramón, cuyo remate tendrá lugar en la casa n.º 22 de la Plaza de la Libertad.

Informará D. José Juaneda Pons.

Ciudadela. — Imp. de S. Fábregues.

EL NOTICIERO

HOJA DIARIA DE TELEGRAMAS, NOTICIAS Y AVISOS.

Sale a luz todos los días excepto los domingos y días festivos.

PRECIO DE SUSCRIPCION: Una peseta al mes.

Se admiten anuncios, comunicados y remitidos a precios convencionales.

Los suscriptores tienen derecho de insertar un anuncio mensual gratis, satisfaciendo solo el impuesto del timbre.